
SEPTIMO SERMON.

Influencia del Catolicismo sobre la sociedad.

*Emitte Spiritum tuum, et creabuntur;
et renovabis faciem terræ.*

(Psalm. CIII, 30.)

HASTA ahora, Señores, hemos considerado á la Religion Católica en su poderosa influencia sobre el hombre, tomado individualmente, para levantarle del abatimiento á que le redujo la primera caída con sus fatales consecuencias, y elevarle hasta la union perfecta con Dios, que le comunica su propia vida, le hace participante de su divina naturaleza, y le prepara la posesion de su misma gloria. Debemos dar un paso más, y considerarla en su influencia sobre la sociedad. La Religion, no solo enlaza al hombre con Dios, sino tambien con los demás hombres, con quienes ha de vivir en sociedad. Dios no se llama tan solo el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (1), sino el Dios de Israel (2), el Dios de los ejérci-

(1) Exod. III, 6.

(2) Eccli. XLVII, 19.

tos (1), el Rey de los Reyes y el Señor de los que dominan (2). No solo establece su pacto con cada hombre, promulgando sus preceptos morales, sino que hablando con Moisés fija reglas para el gobierno de la sociedad hebrea, y para que se le reconozca Señor del pueblo, á quien adopta por suyo (3). Jesucristo es la esperanza de las naciones (4), ha sido constituido Rey pacífico sobre toda la tierra (5), y de él se dijo por los Profetas, que los Reyes y los pueblos le servirán, y le adorarán todas las tribus de la tierra (6). Es decir, Señores, que no solo debe influir sobre el espíritu y el corazon del hombre aislado, sino sobre el espíritu y el corazon del hombre en sociedad, y sobre la sociedad de los hombres. Solo así será completa en todas sus partes la restauracion del universo, que le fué confiada por el Padre (7): solo así se comprende la palabra del Apóstol: «En él subsisten y tienen vida todas las cosas.» (8)

Elevemos, pues, nuestra consideracion á este carácter social de Jesucristo y de su Religion regeneradora del mundo. Tambien bajo este punto de vista encontramos las inefables riquezas de la bondad divina y de la Sabiduría eterna, que con suavidad y fuerza á la vez irresistibles, llega á la consecucion de sus eternos designios en favor de su criatura (9). Dios quiere elevar á la sociedad de los hombres á ser imágen de la sociedad divina, quie-

(1) III Reg. XIX, 10.

(2) I Tim. VI, 15.

(3) Levit. XXVI, 12.

(4) Gen. XLIX, 10.

(5) Psalm. II.

(6) Id. LXXI, 11.

(7) Ephes. I, 10.

(8) Coloss. I, 16, 17.

(9) Sap. VIII, 1.

re que la sociedad participe de la regeneracion, quiere que sea un medio que coadyuve y facilite la santificacion y glorificacion del hombre, y esto hace por medio de la Religion. Véamoslo. Jesucristo, por medio del Catolicismo, regenera y engrandece la sociedad humana, y la conduce á la verdadera felicidad. Esta proposicion desenvolveré si os dignais prestarme atencion.

PRIMERA PARTE.

El hombre no se basta á sí mismo. En su constante deseo de perfeccionarse, de elevarse á mayor grandeza y más sólida felicidad, siente la necesidad de unirse á otros para multiplicarse y multiplicar los medios de llegar al fin. El Criador ha depositado en su seno el instinto de su insuficiencia al lado de aquel deseo insaciable, y de este modo ha hecho de él un sér esencialmente religioso y sociable, para que su misma naturaleza le haga buscar en Dios y en sus semejantes, en su padre y en sus hermanos, lo que en sí mismo y por sí mismo no puede hallar. Bajo el primer punto de vista ya le hemos considerado en otro discurso: fijémonos hoy en el segundo.

No entremos, sin embargo, en el exámen del origen de las sociedades, sobre el que tantas páginas se han escrito, inútiles casi todas, perjudiciales no pocas. Esto se explica por el orgullo del hombre, que quiere darse razon de todo por sí mismo, y atribuirlo todo á creacion suya. El origen de la sociedad está en la naturaleza, está en Dios. Apenas criado el primer hombre, dice el Señor: No es bueno que esté solo, hagámosle ayuda se-

mejante á él (1). Hace á la mujer, y al presentarla al hombre y establecer su union, dice que serán dos en una carne (2), dos unidos como uno solo, y añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, dominadla haciéndola servir á vuestro bien (3). Esto exige sociedad, union que, multiplicando las fuerzas, facilite el éxito, mediante la direccion del que es cabeza de la sociedad. Esta doctrina, dice Balmes, es tan clara, tan sencilla, tan conforme á la naturaleza de las cosas, que no se explica fácilmente por qué se ha disputado tanto. El hombre se alimenta, porque sin esto moriria; se viste, se guarece, porque sin esto sería víctima de la intemperie; vive en familia, porque no puede vivir solo; las familias se reunen en sociedad, porque no pueden vivir aisladas; y reunidas en sociedad, están sometidas á un poder público, porque sin él serian víctimas de la confusion, y acabarían por dispersarse ó perecer. ¿Qué necesidad hay de inventar teorías para explicar hechos tan naturales? ¿Por qué se ha querido sustituir las cavilaciones de la filosofía á las prescripciones de la naturaleza? (4)

La sociedad no cambia la naturaleza del hombre: cada uno conserva en ella los sentimientos que en el fondo de su corazon ha depositado el Criador; y estos sentimientos vienen á formar con la reunion que los multiplica, una necesidad, una aspiracion, un sentimiento social de inexplicable fuerza. Hé aquí por qué la Religion, primera pasion del hombre individuo, lo es tambien del hombre sociedad, y se hace condicion indispensable de su vida, como que es el lazo más natural y

(1) Gen. II, 18.

(2) Id. id., 24.

(3) Id. I, 28.

(4) Balmes, Filosofía elemental: Etica, c. 18.

más fuerte de la vida social. Podrá encontrarse un individuo irreligioso, pero jamás un pueblo, una sociedad sin religion (1). Ya antes dijo Plutarco ser más fácil encontrar una república sin leyes, y una ciudad sin murallas, sin edificios y sin magistrados, que un pueblo sin sacrificios y sin religion (2). Un altar ha sido siempre la piedra fundamental de todo pueblo. El hombre, desde que mira á Dios como su Padre, mira como hermanos á sus semejantes. Dios es el autor de la sociedad, como es el Criador del hombre; y ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir de la accion de Dios sobre ellos.

Ahora bien: desordenado el hombre por la prevaricacion primera, no pudo menos de suceder lo mismo á la sociedad: corrompido aquel en sí mismo, degradado, y víctima del mal por el desorden de sus pasiones, la sociedad, formada de miembros degradados y corrompidos, se vió presa tambien del mal, y sumergida en un mar de tinieblas y de miserias, á cuya ribera no pudiera jamás abordar para encontrar la luz y la felicidad apetecida. No es posible, hermanos, y me apartaria hoy del plan que me he propuesto, recoger en los escritos de los filósofos antiguos y de los críticos modernos la descripcion de ese estado social del mundo, y de los esfuerzos impotentes de las naciones para salir de él. Lo que digamos hablando del hombre en particular, es aplicable en un todo á lo que ahora nos ocupa; porque la sociedad es un sér colectivo en que los hombres dejan de ser individuos para convertirse en miembros, y en que todos mutuamente responden unos de otros, cada uno vive la

(1) *Balmes*, Filosofía elemental, Ética, c. 18.

(2) Si totum orbem perages, invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus; at urbem sine templis, sine diis, nemo reperit, reperietque. (*Plutarch. advers. Colot. Epic.*)

vida de todos, y todos se interesan y resienten de la vida de cada uno. La sociedad, como el individuo, necesitaba una restauracion, una regeneracion, y esto hacia llamar al libertador esperado, *el Deseado de las naciones*.

El que formaba, pues, la esperanza de la humanidad en su desgracia, el que habian anunciado los profetas, y todos los pueblos invocaban y deseaban como su libertador, el Hijo de Dios, viene á la tierra y se manifiesta al mundo. He venido, dice, á dar testimonio de la verdad (1), á buscar y salvar lo que habia perecido (2), á hacer que los hombres tengan vida y vida más abundante (3), á restaurar el universo, segun el plan de la eterna Sabiduría (4). ¿Cómo lo hace? ¿Arrancará de raiz el árbol de la sociedad antigua, la destruirá por completo, arrojando al aire sus despojos, ó prescindirá de ella con desprecio, y formará una sociedad distinta en sus elementos? No, Señores. El Profeta habia dicho que su espíritu y su accion sería suave, comparándole al que sentando su pié sobre caña cascada no la rompe, y sobre mecha que humea no la apaga. De esta manera, dice, promulgará la justicia á las naciones, y por ello las islas esperarán su ley (5). Así como en la regeneracion del hombre no destruye ni cambia su naturaleza, sino que le comunica una sávia, un espíritu nuevo y superior, ingertándole de sí mismo; y como en la reforma de la ley judáica tampoco la destruye, sino que la perfecciona (6), así hace tambien en la sociedad. Era obra de

(1) Joann. XVIII, 37.

(2) Luc. XIX, 10.

(3) Joann. X, 10.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Isai. XLII.

(6) Matth. V, 17.

Dios, pero se habia viciado: sus elementos conservaban el sello de obra divina, pero el hombre habia introducido en ellos la corrupcion, habia edificado sobre los cimientos divinos, resultando una obra monstruosa. Por ello, conservando lo que era suyo, tiende Jesucristo á hacer desaparecer lo que era del hombre, inoculándole un principio vital que restaure la obra y la haga digna de su autor. ¡Cuán propio es de Dios este modo de proceder! ¡Cómo acredita su omnipotencia, su sabiduría y su bondad, que, con fuerza á que no es posible resistir, llega al logro de sus fines, disponiendo los medios con admirable suavidad (1).

Es la sociedad reunion de seres semejantes, que formando un cuerpo moral, dejan de ser individuos para ser miembros, á fin de auxiliarse mutuamente en la consecucion de un objeto. Todos llevan á ella los tres focos de la vida del hombre: la inteligencia, el corazon y los sentidos; sus ideas, sus sentimientos y sus acciones, para que de su union resulte la idea, el sentimiento y la accion social, de inmensurable potencia para conseguir la aspiracion de todos, que es la aspiracion de cada uno. La aspiracion de cada uno, ese impulso irresistible impreso en el hombre por la mano del Criador, es la felicidad, término á que se refieren todas sus ideas, objeto de todos sus sentimientos, resultado que busca en todas sus acciones. Para alcanzarla necesita el hombre elevarse sobre sí mismo, ser más de lo que es, agrandarse, multiplicarse, por así decirlo, y esto naturalmente le lleva á la asociacion, condicion indispensable del progreso. Por ello se une á Dios por la Religion, á fin de encontrar en la multiplicacion de sus luces y de sus fuerzas, por la

(1) Sap. VIII, 1.

luz y la fuerza de Dios, el medio de llegar á la felicidad eterna, y se une á sus semejantes, á fin de hallar en la multiplicacion de sus medios, por los de estos, la potencia necesaria para llegar á la felicidad de la vida presente.

Esta felicidad, lo mismo para el individuo que para la sociedad, no es mas que la tranquilidad del órden, en el cual está la perfeccion (1). Donde hay desórden hay mal estar, inquietud, falta de felicidad, y por lo mismo hay esfuerzo para lograr un estado mas perfecto. La esencia del órden es la unidad, porque el fin y el objeto del órden es unir. Donde no hay unidad, hay separacion, division, oposicion, choque, desórden y desgracias (2). La unidad reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo, y la unidad social exige que cada individuo esté ordenado con respecto á su familia, cada familia con la sociedad particular á que pertenece, cada sociedad particular con la gran sociedad del género humano, y el mismo género humano con respecto á la sociedad general de los seres inteligentes, cuyo supremo monarca es Dios.

Ahora bien: siendo la sociedad, bien la consideremos en lo que tiene de mas elemental, la familia, bien en lo que llamamos pueblos y naciones, una reunion de individuos; siendo la idea y el sentimiento social en sí mismos y en sus efectos un compuesto de las ideas y sentimientos individuales; la sociedad será siempre lo que sean estos elementos que la forman. Ellos establecen las

(1) Pax hominum ordinata concordia.... Pax civitatis, ordinata imperandi atque obediendi concordia civium.... Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis. Ordo est parium dispariumque rerum sua cuique loca tribuens dispositio. (*S. August.*, de Civit. Dei, lib. XIX, cap. 13.)

(2) Balmes, *Filosofía elemental*; Etica, cap. 17.

costumbres, y dan su carácter á las leyes, y engendran la razon y la conciencia pública, que envolviéndolo todo en su atmósfera, imprime á su vez su carácter, y marca con su sello propio á los miembros que se reproducen, á los renuevos que brotan del tronco del árbol social, á los hijos que nacen en la sociedad. Este exámen de la naturaleza de la sociedad nos hace comprender que el medio más adecuado para su restauracion era el de regenerar sus elementos, inoculando la nueva sávia en las raices del árbol, para que germinando hermosos renuevos, cambiaran poco á poco la índole del mismo, multiplicándole por sus frutos. En una palabra: principiar la obra por el individuo, por el hombre en particular, inspirándole nuevas ideas, infundiéndole nuevos sentimientos, ordenando sus acciones, y presentando un término grande, sublime y legítimo á sus aspiraciones, para que su carácter se imprimiese en la familia, y en su multiplicacion formase la nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua.

Este es, hermanos míos, el plan divino para la restauracion del mundo por Jesucristo: esto lo que hizo que la nueva vida se introdujera en la sociedad á despecho y á pesar de la resistencia de la misma sociedad, que por medio de sus poderes y de sus filósofos hizo tan desesperados esfuerzos durante tres siglos, para oponerse á la obra de Dios, y que admirándose de verse cristiana, cuando presumia poder borrar del mundo el nombre de cristiano, se vió precisada á decir: *El dedo de Dios está aquí* (1), y á postrarse ante la Cruz, hácia la cual se sentía atraída por fuerza irresistible, segun el anuncio de Jesucristo (2). Esto acredita de profundamente sábio

(1) Exod. VIII, 19.

(2) Joann. XII, 32.

el consejo de Gamaliel á los primeros perseguidores del cristianismo: «Dejad á esos hombres, les decia: si es obra ó consejo humano su doctrina, por sí misma se disolverá; si es de Dios, jamás tendreis fuerza para resistir á su poder.» (1) ¡Qué prueba más brillante de la divinidad del Evangelio! Esto, en fin, demuestra por qué tan pronto se dilató por el mundo y le regeneró: era obra de Dios. Somos de ayer, decia Tertuliano al Senado de Roma, y ya lo llenamos todo; vuestras ciudades, islas, fortalezas, las aldeas, los comicios, los campamentos, el palacio, el Senado, el foro: no os dejamos libres más que vuestros templos (2). Todavía no era cristiano el imperio, ni sus filósofos, ni sus legisladores, y ya el mundo llevaba impreso el sello del cristianismo.

Segun este designio eterno, Jesucristo, á quien las profecías anunciaron como un Rey, cuyo imperio debia ser sin límites de lugar ni tiempo (3), no quiso aparecer entre los hombres con el aparato de la majestad y de la fuerza que avasalla y domina. La fuerza abate, humilla, esclaviza, pero no regenera: obra sobre el cuerpo, no sobre el alma. El que quiere imponer su voluntad por la fuerza, debe temer que otra fuerza se le oponga, y que tarde ó temprano sacuda el yugo. Un día los judíos quisieron proclamarle Rey, y darle autoridad de tal sobre ellos: Jesucristo se escondió, retirándose durante la noche para impedirlo (4). Quería ser lo que habia anuncia-

(1) Act. Apost. V, 38, 39.

(2) Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola vobis relinquimus templa. (*Tertul.*, Apologet., cap. 37.)

(3) Psalm. LXXI.

(4) Joann. VI, 15.

do Isaías, el Padre del siglo venidero (1), el Padre de la nueva sociedad, el Padre que engendra, no el Señor que domina, el Padre que educa, no el monarca que obliga. Recordad sus palabras en presencia del Presidente Romano que le preguntó si era Rey: «Tú lo dices que soy Rey, le contestó; pero mi reino no es de este mundo, no es de aquí;» es decir, no recibe su fuerza de los hombres, ni de las leyes de la tierra: es de un origen y de un carácter superior. Yo soy Rey, y he venido al mundo para dar testimonio á la verdad: todos los que son de la verdad oyen mi voz, entran en mi reino. He venido á enseñar la verdad, y ella forma la base y la ley de mi reino; ella es el medio por el cual voy á reinar sobre los corazones, y á cambiar la faz del universo.

La verdad, Señores, es lo que es, la expresion genuina de la naturaleza de los seres, y de las relaciones que hay entre el Creador y la naturaleza creada, y las partes de esta entre sí. Relacion de dependencia del inferior al superior, y de autoridad del superior sobre el inferior; relacion de semejanza, de union, de igualdad entre los que ocupan el mismo grado. Esta verdad es la que constituye la armonía, el orden, la paz, la felicidad en el individuo y en la sociedad; y Jesucristo viene á establecerla restaurando todas las cosas para que ocupen su posicion respectiva, enseñando al efecto al hombre á conocer lo que es en sí mismo, y en sus relaciones con Dios y con los demás hombres, y á vivir conforme á este conocimiento. Para llegar al fin propuesto, presenta en sí mismo el modelo, como padre que ha de servir de ejemplar á sus hijos, y dice á los que le escuchan y le siguen: «Aprended de mí (2); os he dado ejem-

(1) Joann. XVIII, 36, 37.

(2) Matth. XI, 29.

plo; haced lo que yo he hecho (1); haced esto y vivireis.» (2)

Hay, hermanos míos, en los Libros Santos palabras que se leen cada día y se meditan pocas veces, tal vez nunca. ¿Habeis si no meditado por qué Jesucristo se llama continuamente á sí mismo *Hijo del hombre*, cuando nadie, ni aun sus discípulos, le daban este nombre, que parece querer presentar como su distintivo y su título de gloria? ¿Qué sentido tiene esa palabra? San Agustin dice que con ella quiere Jesucristo recordarnos el inefable amor que nos manifiesta en su Encarnacion (3). Es verdad, pero debe haber algo más. El Nazianceno añade: «Quiere probar con ello que como hombre no tiene otro padre que Adan, el primer hombre, cuya naturaleza ha tomado.» (4) Ciertamente también; pero aún no satisface esta razon. San Epifanio cree que se propone significar con ello, que es el anunciado con este título por los Profetas (5). No hay duda; pero ¿por qué los Profetas le dieron ya ese nombre, que él toma como distintivo? Yo creo, Señores, que lo hace para realzar en su persona á la humanidad, envilecida por el pecado y por las doctrinas de la antigua filosofía; para manifestar que en él se compendia toda la humanidad, que es su representante, su cabeza, el segundo Adan figurado

(1) Joann. XIII, 15.

(2) Luc. X, 28.

(3) Commendat nobis quid misericorditer dignatus sit esse pro nobis, et velut mysterium commendans admirabilis incarnationis suæ, nomen hoc sæpius auribus nostris insinuat. (S. Aug., de Concord. Evang., lib. 2, cap. 1.)

(4) Christus voluit dici filius hominis, id est, filius Adam, ut sonant Hebræa, ut se patrem hominem non habere ostendat, sed per Virginem Matrem ex Adam usque genus traxisse. (S. Greg. Naz., Orat. 4 de Theol.)

(5) Ut ostenderet se eum esse, quem Prophetæ humanam naturam sumpturum prædixerant, quemque filium etiam hominis appellaverant. (S. Epiphani., advers. Nœtianos, hæres. 57.)